

rectamente la conducta por ella seguida. Su reputación, tan asegurada, debía desaparecer de golpe; aquella gran virtud hundirse en un solo día y de una manera tan completa, que no quedase nada, absolutamente nada de ella.

Carmen se dió de término una hora para plantear su plan de campaña. Transcurrida la cual, empezó la acción. No era ya á la señora Vitel á quien iba á vengar; no era tampoco ella quien se vengaba; era *el Botador*, como la marquesa le había puesto por mote.

X

Si la señora de Tourves no llevaba jamás alhajas, como ya hemos dicho, no se olvidaba de ellas, y muchas veces se en-

tretenía en abrir sus cofrecitos y en ver brillar la pedrería en ellos contenida. Carmen se extrañaba de verla tomarse tanto cuidado con aquellas alhajas destinadas á permanecer retiradas é inactivas. Ahora ya no se asombraba de nada: los collares, los brazaletes y las sortijas debían servirle en las fiestas íntimas que la marquesa daba en su tocador. Del mismo modo que la gustaba quitar las fundas del diván y encender las bujías de las arañas y los candelabros, la gustaba también ataviarse para recrear la vista de su favorito. Imitando á muchas mujeres, que se adornan para un solo hombre, y no van á reuniones sino con el afán de encontrarle, la marquesa organizaba bailes, donde no era admitido más que un solo hombre: el elegido por ella.

Después de haber pasado revista de inspección á sus aderezos, al día siguiente

de servirse de ellos, la marquesa de Tourves los colocaba en el cofre de ébano con incrustaciones de marfil que tenía en su alcoba, y muchas veces dejaba la llave puesta en la cerradura de aquel mueble, en el que guardaba otros objetos de valor.

Carmen esperó por espacio de una semana á que su señora dejase puesta la llave. Un día, por fin, quedó abierto el cofre. Al momento, Carmen, sin vacilar, y deseando llevar á debido efecto el plan que se había trazado, cogió uno de los estuches y sacó de él un magnífico collar de perlas, le guardó en una caja de cartón, donde guardaba el gemelo de camisa que encontró en el tocador, puso el estuche vacío en su sitio y ocultó bien la caja depositaria de las alhajas en el sitio más oscuro del hueco que quedaba entre los muros del tocador y el maderamen que le hacía aparecer circular.

La marquesa no tardó mucho en dar una fiesta en obsequio de Sanneteyre. Quiso ponerse el collar de perlas, abrió el estuche y se encontró con que estaba vacío.

Sería la una de la madrugada cuando hizo ese descubrimiento, y se vió obligada á callarse; pero al día siguiente se levantó á las nueve, contra su costumbre, tiró con fuerza de la campanilla, hizo aparecer á la servidumbre y les dijo que la habían robado.

Al momento todo el hotel se puso en conmoción. Avisaron á Carmen, que bajó despavorida. Mirábanse unos á otros con desconfianza. La criada de la marquesa echaba la culpa al cocinero, á quien odiaba; éste decía que habría sido el cochero, que era enemigo suyo. Nadie decía nada concreto, pero todos hablaban. La señorita Lelievre, á pesar del puesto de con-

fianza que ocupaba en la casa, era mirada de reojo por el ayuda de cámara del marqués, y le oyó decir estas palabras: «Ha sido la última que ha venido, no ha sido probada, y nosotros somos criados antiguos.»

La señora de Tourves hubiese podido librarse de los peligros que la amenazaban, si se la hubiese ocurrido en aquel momento tomar la defensa de Carmen y declarar en alta voz que respondía de ella. Pudiera haber sucedido que Carmen, olvidando sus penas, hubiese titubeado en hacer traición á la que la ponía bajo su protección.

Desgraciadamente, la marquesa no estuvo inspirada al no establecer una línea de separación entre los criados y la señorita de compañía, y mezclar en cierto modo á ésta en la especie de acusación general que pesaba sobre todos.

Al momento, Carmen sacó partido de la situación: hizo causa común con la servidumbre, y pidió y hasta lo exigió, que se diese parte al comisario de policía. Aquella petición fué acogida con interés por los criados del hotel, deseando todos y cada uno demostrar su inocencia. La marquesa dudó un momento. La pareció peligroso sin duda para ella y para Sanne-tyre que entrase la policía en su casa. Pero, por otra parte, el collar de perlas era de un valor inmenso; además, el comisario no podía hacer otra cosa que preguntar á los criados y registrar sus cuartos. No era admisible que se le ocurriese la idea de dedicarse á hacer pesquisa ninguna en sus habitaciones, ni sospechar que ella fuese ladrona de sí misma.

Con autorización de la marquesa se dió parte al comisario de policía del barrio.

Este paso es el que esperaba Carmen.

XI

El comisario de policía, acompañado de su secretario, se apresuró á presentarse en el hotel de los señores de Tourves.

Unos cuantos minutos de conversación con la señora, le pusieron al corriente de la situación: el robo no se había hecho con fractura: la llave debió haber quedado puesta en la cerradura, y una persona de la casa era la única que podía haberse apereibido de ese olvido y aprovecharse de él.

Dos días antes, la marquesa había abierto el estuche y vió en él el collar de perlas; no hacía más de cuarenta y ocho horas que había desaparecido aquella al-

haja. En ese corto tiempo no entró ninguna visita en sus habitaciones, y nadie, al parecer, penetró en el hotel. Siete criados entre hombres y mujeres había en él; cuatro de ellos, antes de entrar al servicio de los marqueses, estuvieron al de otros individuos de su familia; los otros tres estaban en la casa dos años el que menos, y nunca habían dado motivos para que se pudiese sospechar de su fidelidad. La señorita de compañía era la única que dejaba algo que desear con respecto á su antigüedad en la casa; pero hubiese sido cruel sospechar de aquella joven, divinamente educada, de honrada familia y que había sido calurosamente recomendada por un hombre de los más formales.

Después de haber adquirido estos primeros informes y tomado notas, el comisario de policía llamó uno por uno á los criados, y les interpeló: apropósito usamos

esta palabra interpelar: á un detenido, á un presunto reo de alguna falta se le puede dirigir un interrogatorio, pero á una persona de quien no se tienen sospechas y de quien se desea obtener algunos informes, no se puede hacer más que interpellarla, rogarla que diga cuanto sepa y quiera.

No produjo resultado: nadie sabía nada; ninguno había notado nada, y todos protestaban de su inocencia.

Interpelada Carmen á su vez, y con toda la cortesía posible, fingió asustarse de las preguntas que la hacían, se incomodó mucho, y para terminar, pidió que subiesen á registrar su cuarto, y que abriesen una información para poder probar que, no sólo no había salido del hotel desde hacía dos días, sino que tampoco había tenido ninguna visita personal.

Esta última declaración no produjo gran

efecto en el comisario. Hizo, con mucha política, á Carmen la observación de que, sin salir de una casa, y hasta sin recibir en ella á ningún extraño, se podía perfectamente, de noche, echar una alhaja á un cómplice, desde una ventana, que acechase el momento oportuno de llevarse el cuerpo del delito.

Con respecto á la proposición de una visita domiciliaria, se apresuró á aceptarla, para conseguir que los demás domésticos, anteriormente interpellados, pidiesen lo mismo que ella. Es esa una finura que emplea mucho la policía: como la ley no da el derecho de introducirse, para hacer pesquisas, en el domicilio de un individuo contra el cual no hay auto del juez que les autorice á hacerlo, y esquivada la dificultad, consiguiendo que ellos mismos propongan esa visita que muchas veces produce gran resultado.

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

Esa utilidad acaso parezca muy discutible al lector: no sin razón se dice que el ladrón no debe tener prisa en abrir su cuarto, sus baúles, ni los cajones de sus mesas. Pero es un error: si no hiciese ese ofrecimiento, despertaría sospechas, y eso originaría su detención preventiva y la visita legal de su domicilio. Tiene la esperanza de haber ocultado tan bien los objetos sustraídos, que no serían descubiertos. También creen que no se aceptaría su proposición, sólo porque la hacen ellos.

La policía, por el contrario, las acepta y hace bien. No queremos referir, para probarlo, más que el siguiente hecho que ocurrió el año pasado:

Una señora muy conocida fué en busca del comisario de su barrio para darle parte de varios robos de que era víctima, desde hacía algún tiempo.

—Señora— dijo el magistrado después

de oírla con atención,—una persona que esté á vuestro servicio es la única que puede haberlos hecho.

—Es imposible. No tengo más que una criada y respondo de ella.

—Entonces mandadla aquí: nos podrá dar informes y detalles que se nos han podido escapar á nosotros.

Llegó la criada, segura de su buena reputación y la confianza con que su señora la honraba. Como el comisario indicó alguna ligera duda acerca de su moralidad, para alejar toda sospecha, para afirmar su completa buena fe, no temió decir: «soy una mujer honrada, no he hecho daño á nadie, podéis venir á mi casa si queréis.»

Apenas había dicho esas palabras, cuando el comisario se aprovechó de la ocasión, hizo la visita pedida, revolió su cuarto de arriba á abajo, le registro todo,

y no sólo descubrió lo que se buscaba, sino otros objetos de valor que habían desaparecido de otras casas.

Esta criada tan segura de sí misma, tan convencida de que teniendo audacia no había nada que temer, fué condenada á cinco años de reclusión.

En el cuarto de Carmen ni en los de los otros criados del hotel no se encontró nada; no podía encontrarse.

El comisario de policía tuvo que marcharse de allí sin haber obtenido ningún resultado.

El asunto, sin embargo, era muy importante para que no se le siguiese la pista y para contentarse con enviar al juzgado un legajo de papeles con esta nota: acusación de robo; autor desconocido. No se hablaba en todas partes más que de ese crimen: en las antecámaras, en los salones, empezando por los de la se-

ñora de Tourves, y á pesar de sus esfuerzos, porque sentía ya no haber sabido dejarse robar sin protesta por su parte.

Al mismo tiempo, los periódicos no dejaban de hablar del asunto, simplificando el suceso, desnaturalizándole le hacían tomar proporciones colosales. Todos los días publicaban un nuevo artículo. A propósito de la marquesa y de sus perlas, se hablaba de la señora de la Molthe, del cardenal du Rohan y del collar de la reina. Los más discretos no se ocupaban más que del siglo XIX, y referían el robo de que fueron víctimas la señorita Mars, y más tarde el duque de Brunswick.

Hasta hubo un revistero que llegó á presentarse en el hotel para enterarse de boca de la marquesa de Tourves del suceso, como si estuviese provisto de algún mandamiento judicial ó de algún exhorto. Examinó el lugar del crimen sin que hu-

biese forma de verse libre de él; hizo que le enseñasen el estuche vacío, y al volver de allí á las oficinas del periódico dijo en un artículo furibundo, que si se le hubiese á él encargado ese asunto, ya estaría el autor del robo en la cárcel.

Este artículo, al que siguieron otros en el mismo sentido, disgustó al comisario, y como no podía tomar parte en la polémica, pidió con firmeza al revistero que se callara. Éste obedeció; pero ayudado por los demás compañeros, la emprendió contra el que se atrevía á imponerle silencio.

Todas las mañanas en la primera página de cinco ó seis periódicos, se leía esta frase, que parecía estereotipada: «Las alhajas robadas á la marquesa de Tourves no han sido encontradas aún; pero mañana, con seguridad, ya lo habrán sido. El comisario del barrio, señor X... está ha-

ciendo, desde hace tiempo, activas pesquisas.»

Los comisarios tienen su amor propio como los demás mortales, y ese de quien hablamos estaba exasperado y hubiese dado lo indecible por poderles obligar á que desapareciese aquel suelto. Sin embargo, á pesar de sus esfuerzos, de sus informes y de la especie de vigilancia oculta á que había sometido á todos los criados del hotel, no pudo descubrir nada. Entonces, Carmen, que había esperado pacientemente á que las cosas llegasen al punto que ella quería, apareció en escena para precipitar el desenlace... que había sido concebido, preparado y puesto en sazón por ella.